

Al entrar en 1922

Este fin de año, pasado el solsticio invernal, o sea la entrada del sol en Capricornio—asi como también fines de junio, el solsticio estival o entrada del sol en Cáncer—, suele ofrecernos el espectáculo de la exacerbación de una enfermedad terrible, cual es el sentido común, cuando no la templa, enfrena y corrige el sentido propio. Todos los opilados de sentido común, en efecto; todos los del rebano de Pero Grullo; todos los que no se dejan embaucar de paradojas; todos los hombres graves, apedados, como lapas, a la tradición y al orden, no dejan de observar a fin de diciembre que empiezan a alargarse los días y a acortarse las noches, y a fines de junio que se alargan éstas para que se acorten aquéllas. Y esto lo observan, justo es decirlo en honor de sus dotes inquisitivas, por sí mismos, sin sugestión ajena, y luego se lo comunican a sus parejos—que hicieron la misma observación aguda y juntos se regodean de verse personas de tan buen juicio, tan sensatas, tan tradicionales y tan ordenadas.

El sentido común puro, es decir, sin mezcla alguna de otro sentido, es la más terrible de las endemias. Es una especie de paludismo del espíritu. Con el sentido común, y juzgando a simple vista, a ojo de buen cubero—que es uno de sus órganos—, sería reputado por un loco el que siendo en un país el único que conociese el uso y manejo del telescopio y del microscopio expusiese a los demás lo que gracias a estos instrumentos había podido descubrir. Y por algo decía Hqgel que el sentido común no sirve sino para la cocina, aunque nosotros creamos que ni para ella. ¡Porque hay que ver los huevos que fríen las criadas que no tienen más que sentido común!

Y el sentido común puro, que es un sentido troglodítico, prehistórico, de la edad de piedra sin pulimento, suele ir acompañado en lo sentimental o emotivo de algo que podríamos llamar el sentimiento común y es más bien la insensibilidad. Es cosa de pregeneración, de pelo de la dehesa. Y por eso cuando se ha dicho que estamos aquí, en España, degenerados, hemos respondido que no, sino ingenerados. No es que hayamos salido de la edad civil, es que no hemos entrado aún en ella. Resbalaron sobre España el Renacimiento, la Reforma y la Revolución.

El doctor Harnack, en su obra sobre «La misión y propagación del cristianismo en los tres primeros siglos», al tratar del concilio español de Elvira, hace notar el «contraste característico en la historia de la Iglesia española de todos los tiempos entre una mundanidad grosera y un fanatismo riguroso». Y así sigue. Y lo mismo en lo político y civil.

Esa terrible opilación de sentido común puro y de sentimiento común puro se traduce en antiheroicidad y antigenealidad, en odio a todo lo heroico y a todo lo genial, en miedo a todo entusiasmo. Y esto no es un sanchopancismo, no; esto es sansoncarrasquismo. El bueno de Sancho Panza seguía a un loco sublime y creía en los ensueños de éste contra lo que su sentido, que era el sentido común, le enseñaba, fiándose del sentido propio ajeno, mientras que Sansón Carrasco se movía contra Don Quijote, no por caridad, sino por envidia. Y Sansón Carrasco es el símbolo de esos señores del sentido común, carrasqueños y algo socarrones, que hacen siempre por estos días del año la observación de que empiezan a acortarse las noches; que se encuentran tan bien con la suspensión de las garantías constitucionales, que creen que los presos gubernativos por algo lo estarán; que repiten con el «A B C»—que es su órgano—que España es hoy uno de los países en que de más libertad se goza y que esperan «el hombre», su hombre. Que no ha de ser un hombre, sino un mamífero vertical del sexo masculino que meta en cintura a quienes se atrevan a usar microscopios y telescopios espirituales y a descubrir miserias que no ve el ojo de buen cubero.

Para los sansoncarrasqueños, los que nos dedicamos a señalar las lacras y plagas de nuestra sociedad civil somos, cuando menos, unos exagerados. Pero esto nos recuerda lo de aquel canónigo que al citarle la palabra evangélica de lo difícil que es el que un rico entra en el reino de los cielos, contestó: «Bueno; pero no haga usted demasiado caso de eso, porque aquí, entre nosotros, Nuestro Señor Jesucristo era un exagerado». «¡No hay que exagerar!»—tal es su lema.

No exageramos, pues, al entrar en 1922; pero ya verán ustedes como se exagera y aun se encona en él nuestra sansoncarrasquería.

Miguel de UNAMUNO

